



SATPREM

EL CREPÚSCULO DE LOS HOMBRES

Historia desconocida de una transición

NUEVOS TEMAS

Título del original francés:
LA REVOLTE DE LA TERRE

Traducido por:
IÑAKI CEBALLOS IBARGUREN y
AURORA-MANUELA L. DE CEBÁLLOS

1990, Editions ROBERT LAFFONT. S. A.
1991. De la traducción. Editorial EDAF. S. A.
1991, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan. 30. Madrid.
Para la edición en español por acuerdo con EDITIONS ROBERT LAFFONT. S. A.
PARÍS (Francia).

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ISBN: 84-7640-481-6
Depósito legal: M. 7.309-1991

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA
Gráficas Rogar - Pol. Ind. Cobo Calleja - Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. La Edad Media científica
2. La rebelión de la Tierra
3. La Esfinge
4. El Revolucionario
5. Ella
6. El desafío
7. La vida y la muerte
8. El «yo sé» del cuerno

*Un velo muy fino
entre el desastre y lo Maravilloso.*

Satprem

A Sri Aurobindo,

a Madre

que me lo han dado todo.

*a
mi madre
y a las gaviotas
de la Costa Salvaje*

Prólogo

Para cuantos seguimos de cerca el trabajo de Satprem, esta obra, EL CREPÚSCULO DE LOS HOMBRES, ha sido una sorpresa y un estremecimiento.

Una sorpresa, porque hace años nos había dicho que él había terminado ya su tarea de escritor, que ahora era su turno, y que debía continuar en sí mismo el experimento evolutivo de Sri Aurobindo: una mutación humana. Entonces, ¿por qué este nuevo libro?

Y un estremecimiento, al sentir en qué profundidades ígneas ha tenido que cristalizar, como un diamante, este escrito.

La aventura evolutiva emprendida por Sri Aurobindo, de la que aquí se hablará, se asemeja a la historia de Prometeo conquistando el Fuego para los hombres. Este enigmático bengalí —revolucionario, poeta y yogui— ya nos había prevenido: «Amo al Dios-Fuego, no al Dios-ensueño.»

El fuego, para Satprem, comenzó muy pronto, como él mismo nos cuenta: prendió en su corazón de niño allá en la mar de Bretaña: creció luego atizado por el horror gélido de los campos nazis; se encendió más aún entre las ruinas de Tebas y ante aquella esfinge de Gizeh, un fuego de piedra; para contemplar luego su propio absoluto en la Mirada de Sri Aurobindo. Después, vino un periplo incendiario, quemando etapas y caminos sin salida: la selva, Brasil, África, la India entera..., hasta fundirse al fin en el Fuego primordial que sentía asomar a través de una silueta frágil de anciana: MADRE. Y allí comenzó a crecer su llama hacia dentro y hacia un futuro desconocido.

Iba a ser el testigo excepcional, durante veinte años, de ese Rayo de fuego: Agni, para los rishis védicos, Sugaar —el culebro de fuego— en los viejos mitos vascos e iberos; hundiéndose cada vez más en las cavernas de la Montaña, Ama Lur, la Madre Tierra, donde habita la Señora, para fecundarla. Iba a ser el depositario de la fabulosa aventura que había iniciado Sri Aurobindo en el futuro de la especie humana: «El hombre es un ser de transición, su gloria está en ser un puente y no una meta, lo que podemos amar en él es que es un tránsito y un ocaso..., no es el último eslabón de la evolución terrestre, y va a ser superado», habían exclamado Nietzsche y Sri Aurobindo, cuando, desde cumbres distintas, vieron descender el fuego del superhombre sobre la Tierra. En el primero, se quebró el vaso, era de simple barro y no soportó su visión. En Sri Aurobindo era diamante lo que el silencio y la calma absoluta habían acrisolado.

Y pudo así abrir «el gran paso» en la caverna, hacia un nuevo ser después del hombre. Fueron 25 años cavando en su sustancia humana, terrestre, y en pleno silencio, salvo los 24.000 versos de «Savitri», donde quizá nos dejó en clave su secreto.

Luego continuó Madre, y ella sí contó el experimento, día a día, durante 20 años, a aquel corazón ardiente al que llamó Satprem. «No tengo aquí a nadie que me entienda..., sólo a ti puedo contarte todo esto.»

Y así nació el documento de evolución experimental, llamado LA AGENDA DE MADRE: todos los secretos que había silenciado Sri Aurobindo, el camino descendente y la trayectoria del fuego transmutador —al que los físicos han dado en llamar fuego atómico o nuclear, el que enciende las estrellas y se esconde en el átomo, «saura agni», «el fuego solar», «el fuego en la oscuridad», habían cantado los rishis en los himnos del Rig Veda—, hasta alcanzar la raíz de la Materia viva: el nivel celular y sus efectos terrestres. «Un mineral radiactivo» llama Satprem a esta Agenda, que se materializa en más de 200 cintas grabadas transcritas en trece volúmenes, más de 6.000 páginas de experiencias conducentes a una mutación humana, publicadas íntegramente por el INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EVOLUTIVAS a partir de 1978.

Pero era un camino desconocido, por un continente nuevo, un nuevo ecosistema terrestre, casi sin puntos de referencia con el nuestro. ¿Y cómo encontrar y conducir este Fuego, o ser conducido por él? Una búsqueda así, una aventura y una inmersión como ésta, necesita algunos mapas y medios de contacto. «Tú que sabes, tú les dirás...», le encomendó ella, y Satprem prestó su mano para escuchar y recibir esta insólita Cartografía; sus obras, más que libros, son mapas e instrumentos de inmersión, medios de contacto y de transmisión: como descensos, «saltos cuánticos» a niveles cada vez más hondos del ser, y en cada nivel la percepción es más clara, y la transmisión más transparente y directa.

Con LA A VENTURA DE LA CONSCIENCIA¹, en 1963, comenzó situando con claridad e integrando con precisión los diversos planos de consciencia y el proceso evolutivo del ser alrededor del Fuego esencial, percibiendo, digamos «verticalmente», de arriba a abajo, en una mente iluminada y cristalina.

En LA GÉNESIS DEL SUPERHOMBRE, en 1970, el proceso junto a Madre ha avanzado ya mucho, y percibe y transmite «horizontalmente», a nivel del corazón profundo, el nacimiento y la formación del «fuego del nuevo mundo», y su modo descendente de acción y transformación.

Es en 1975, a medida que fluyen por él, en pocos meses, las 1.400 páginas de LA TRILOGÍA DE MADRE: EL MATERIALISTA DIVINO, LA ESPECIE NUEVA y LA MUTACIÓN DE LA MUERTE, cuando va abriendo con su

¹ LA AVENTURA DE LA CONSCIENCIA, publicada por Ediciones Obelisco.

machete de fuego una senda en la Selva de Madre, y llevándonos por ella en una exploración, progresiva, detallada, penetrante, del nuevo ecosistema, revelándonos paso a paso los secretos de una biología nueva, para adaptarnos a ella y sobrevivir. La recepción y la transmisión se hacen aquí directas: desde las células del cuerpo, a nivel celular. En 1979, nos contó la leyenda de la Anciana de la Evolución, en una atmósfera llena de encanto, símbolo y misterio: GRINGO², en el corazón de la Selva.

Finalmente, en 1980, condensó la esencia de la Trilogía, describiendo el camino del descenso a través de las cuatro capas que recubren el cuerpo, hasta la célula pura, con la claridad y la precisión de una fórmula: LA MENTE DE LAS CÉLULAS³. Y dejó de escribir. A los dos años se retira: sus células, desnudas ya de todo revestimiento, van a intentar la mutación. Sólo nos llegan algunas confidencias de amigo sobre cómo está elaborándose hoy... EL NUEVO SER (3), precedidas de una exposición de todo el camino abierto por Sri Aurobindo y Madre desde principios de siglo.

Y ahora, EL CREPÚSCULO DE LOS HOMBRES, después de siete años de silencio. «Me he visto obligado interiormente, casi forzado a escribir estas páginas...» «A veces hay que lanzar una botella al mar...» ¿Por qué? ¿Qué quiere transmitirnos en esta hora de la Tierra? ¿Qué evidencia? ¿Qué nuevo contacto con el Fuego transmutador en el que viven inmersas sus células? Lo que podemos tener seguro es que, desde ahí, no se hace nada en vano, ni se rompe porque sí el silencio. ¿Entonces?...

Vivimos un Apocalipsis cotidiano, casi sin darnos cuenta, pues muchas cosas buscan «distraernos». Sin embargo, cada vez más, los hechos biológicos son contundentes: en 10.000 años hemos devastado aceleradamente el planeta, sobre todo en los últimos cien años: estamos agotando el aire, el agua, las tierras, los vegetales, a nosotros mismos. Y nos estamos duplicando también aceleradamente: en 1800 éramos 1.000 millones; cien años después, en 1900, 2.000 millones; han bastado 70 años para llegar a los 4.000, y en otros 50, para el 2020, nos habremos duplicado de nuevo, seremos 8.000 millones, de los cuales la mayor parte pobres y hambrientos. Somos un cáncer terrestre, imparable. Y aunque casi habituados, nuestra vida se parece cada vez más a una agonía: el umbral de nuestra extinción.

*¿O será el umbral de una mutación de la Vida? El apocalipsis del pez fue el nacimiento del anfibio; y el apocalipsis del mineral, la revelación de la vida. ¿Y ahora?... Una nueva vida en la Tierra, un nuevo ser palpita ya y crece en nuestras células, si las escuchamos en silencio, en total silencio. El camino está señalado, la puerta del fondo abierta. «¿Quieres la vida o quieres la muerte?», decía ella. Ha llegado la hora: es **EL CREPÚSCULO DE LOS HOMBRES**. Un grito. Un nuevo contacto, muy denso y fuerte, bajo la catarata del Fuego primordial, a nivel de la mutación celular. Desde ahí, todo está claro.*

¿Buscaremos sumergirnos en las células, y recibir allí el Fuego transmutador? ¿O preferiremos morir en la superficie?

Decía Sri Aurobindo, en «Savitri»:

«Yo les he visto atravesar el crepúsculo de una era A los hijos de ojos de Sol de una Aurora maravillosa Poderosos destructores de las barreras del mundo Arquitectos de la inmortalidad Cuerpos radiantes de la luz del espíritu Portadores de la Palabra mágica, del Fuego místico Portadores de la copa dionisiaca de la Alegría.»

Iñaki Ceballos Iburguren, «Agni»
Aurora-Manuela L. de Ceballos
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EVOLUTIVAS
C/ Aduana, 2. IRUN (Tel. 61 69 82)

² GRINGO, difundida por el Instituto de Investigaciones Evolutivas.

³ LA MENTE DE LAS CÉLULAS y EL NUEVO SI R. publicadas ambas por Editorial EDAF.

1

*Por una grieta maravillosa
en los muros del nacimiento...*

SRI AUROBINDO

La Edad Media científica

Cuando una especie no logra encontrar su sentido, muere, o se destruye a sí misma.

Hemos creído que somos franceses, chinos o rusos, amarillos, negros o blancos, pero ésta es nuestra primera barbarie. Hemos creído que somos cristianos, hedonistas, musulmanes, y no sé qué más, ésta es nuestra segunda barbarie. Nos hemos creído científicos y descubridores de estrellas, y consumidores de todas las especies posibles, y ésta es nuestra tercera barbarie. Nos llenamos de todo, ¿pero quién se llena de algo? Lo conocemos todo, ¿pero quién conoce algo?

Después de la Edad Media religiosa, una Edad Media científica. Y no sabemos cuál es peor.

Sin embargo, la cosa es sencilla... y muy difícil.

La evolución de una especie no se sitúa en lo que piensa de sí misma, aunque la facultad de pensar pueda ayudarnos a acelerar el paso y a encontrar el sentido. La Evolución de las especies se sitúa en el cuerpo, es evidente desde hace cuatrocientos millones de años. Cuando se trata de pasar del tiburón a una pequeña foca en su banco de hielo, importa muy poco haber sido un pez amarillo, blanco o negro, ni siquiera haber sido un pez científico, porque, de todas formas, se trataría de una ciencia de pez y una ciencia inservible.

¡Pero veamos!, dirán los sabios, vivimos bajo las estrellas, de pie y sobre dos piernas, hasta tenemos telescopios y microscopios. Y podemos contar todo, incluso el número de átomos de nuestro cuerpo, y con toda seriedad podemos decirnos que hay un millón de billones de átomos en un grano de sal.

Pero es falso: no vivimos bajo las estrellas, ni en esa contabilidad atómica. Vivimos en la muerte. Nuestra Ciencia es una ciencia de la muerte, igual que nuestra Teología.

El primer hecho evolutivo, el hecho fundamental de la vida, es la muerte. Y lo vemos todo, lo conocemos todo y sentimos todo a través de este Muro de muerte, como el pez a través de su película de agua. El mayor engaño de los hombres pensantes es haber llamado «vida» a todo esto. Es el más sensacional pseudónimo de toda la Historia. Ni siquiera es posible hablar de una simbiosis de la vida y de la muerte, porque esta «vida» es la muerte. Es una necro-biosis.

Por no haber tenido el valor de mirar de frente este sencillo hecho primordial de la Evolución de las especies, nos hemos embarcado en toda clase de falsos caminos y de falsos medios.

Y ahora está saltándonos a la cara.

El hombre de Altamira vivió hace ya catorce mil años, y todavía no hemos sido capaces de encontrar nuestro secreto humano.

¿Qué falsos caminos no hemos seguido?

Ahora se trata de «acelerar el paso», si no es ya demasiado tarde.

Se trata de encontrar la grieta en el muro, ese lugar del *cuerpo* en el que se sitúa la posibilidad del próximo paso de la especie, o de la próxima especie.

Y, en primer lugar, ¿en qué *sentido* hemos de buscar? Evidentemente, no en la mejora de nuestras circunvoluciones cerebrales ni de nuestras diversas «ingeniosidades», como tampoco se trataba de mejorar el número y el diseño de las aletas natatorias del tiburón para pasar al anfibio.

Anfi-bio es aquel que «vive en los dos lados» (o que muere en los dos lados, como queramos). Nosotros no somos nada anfibios: «vivimos» en un solo lado, el de la muerte. Y de la Tierra, de los planetas y de todas las estrellas posibles —sin hablar de nosotros mismos—, sólo conocemos el «lado de la muerte».

¿Qué hay al otro lado del Muro..., sin dejar un cadáver detrás de sí?

Pues bien..., al otro lado del Muro, hay «espíritus puros», o una caja en el cementerio. Además, ¿dónde está vuestro dichoso «muro»? ¡Nosotros nunca lo hemos visto bajo nuestros microscopios! Hemos visto cardíacos, tuberculosos, encefalogramas planos, y accidentados bajo un camión, y luego... vértebras en una caja. ¿Pero dónde está vuestro muro? ¡Se vería!

Pero no vemos nada, como tampoco el pez en su pecera oceánica. Hemos definido todas las «condiciones de la vida», sin darnos cuenta de que son precisamente las condiciones de la muerte. Hemos dicho: más allá de tantos grados centígrados, es la muerte; más allá de tal presión atmosférica, es la muerte; más allá de tal calidad de oxígeno, es la muerte; más allá..., no acabaríamos de enumerar todos los «más allá» de la vida, porque son todos los más allá de la muerte y todos los Muros de nuestra Prisión, en cuyo interior nos creemos cómodamente vivos (no tan cómodos desde hace algún tiempo).

Pero es una Mentira.

Y bien pudiera ser que este sencillo hecho primordial de la Evolución nos dé también la clave del próximo paso de la Evolución, o digámoslo con Sri Aurobindo, de la «Nueva Evolución», que no es ni la de Lamarck ni la de Darwin, sino la aurora de la primera Vida sobre la Tierra, la necro-biosis decapitada de su pseudónimo.

La gran Grieta en el muro de la Evolución.

La debilidad de una especie es su mejor medio de pasar a otra.

La próxima especie no es una «mejora» de la precedente. No es un añadido, como unas aletas natatorias, pata's o alas, o como unas nuevas circunvoluciones, es algo que se nos escapa, y ese «algo» que se nos escapa es esencialmente lo-que-causa-la-muerte de todas las especies. Ese cascarón primordial que lo envuelve todo y lo pudre todo.

No, no habrá «superhombre»: habrá otro hombre, o quizá un primer hombre, porque, hasta ahora, no hay más que animales mortales dotados de una inteligencia más o menos hábil para evadirse de su triste suerte, por arriba o por abajo.

Ni las alturas espirituales ni las bajuras materiales podrán ayudarnos, sino el interior de nuestro cuerpo —y un interior tan profundo que es preciso remontarse a la edad anterior a los tri-lobites y a la litosfera—. No esperemos nada de los «extraterrestres», sino del formidable y poderoso secreto de un intraterrestre desconocido.

Ya tenemos, pues, un sentido —esta debilidad mortal—, y es el primer paso para atrapar la clave.

¡Y es tan evidente —haciendo un poco de filosofía... acuática y, próximamente, anfibia—, que nada puede existir en el universo de no ser por la alegría! Una creación o una «manera de ser» para la muerte, el infierno y el dolor es un no-sentido, a no ser que digamos, como aquellos pobres gladiadores de los circos romanos: «*Ave César, morituri te salutant*»: «... los que van a morir te saludan.»

Y parece igual de evidente que este cuerpo animal, producido por la Evolución y fabricado por la Muerte, innumerables muertes, no tiene otro sentido inteligible que encontrar el secreto de la no-muerte y la risa de la alegría en este mismo cuerpo salido de la muerte.

Es el gran desafío evolutivo y es el próximo paso de la especie.

Los religiosos y los científicos nos han hecho extraviarnos.

Y la ciencia y las religiones nos han vuelto débiles, o estúpidos más bien, respecto a nuestros propios medios y nuestro propio secreto evolutivo; los unos enviándonos al cielo, y los otros, a la Mecánica utilitaria. No somos sabios: somos débiles. ¿Y somos tan siquiera «humanos»? Tenemos teléfonos, telégrafos, aviones, y qué sé yo, todos los medios posibles de morir en la prisión, eso sí: científicamente catalogados y encerrojados. Todo lo necesario para dispensarnos de encontrar la clave. Y, además, una Medicina que nos proporciona toda clase de medios para morir de... sus curaciones. Pero la Vida, ¿dónde está la Vida?

2

La rebelión de la Tierra

¿Nadie ha encontrado aún la clave?

Bueno, al menos, existió Sócrates: «Conócete a ti mismo...»

Y asesinaron a Sócrates.

También existió un Prometeo, que quería traer el Fuego divino a los hombres.

¿Un mito?

Simbólicamente, podemos decir que el año 399 antes de Cristo, justo el día de la cicuta de Sócrates, Occidente tomó un camino fatal.

Aquel día comenzamos a alejarnos irremediamente de la clave. Desde aquel islote de belleza y gracia, que tenía por divisa *to kalon to epieikes*, «lo bello es verdadero», íbamos a ser cogidos lentamente por la barbarie romana, cuyo grito resuena aún a través de nuestros cinco continentes: *panem et circenses*, «pan y circo»; luego, más lentamente aún, pero más insidiosamente, por una Iglesia tentacular que pretendía ser lo contrario de la brutalidad romana, pero que conducía igualmente a unas terribles hogueras, y que nos encerraba en un conocimiento prefabricado y ordenado por Dios, cuya única salida posible era la rebelión materialista y zambullirnos en una cierta mugre humana.

Y no logramos salir de esta mugre, a pesar de nuestros triunfos... embrutecedores.

Tenemos más «pan», algunos; pero «circo»... ¡en cantidad!, televisado y radiodifundido, y que parece propagar el asesinato y la violencia como si estallaran por todas partes, en nuestra propia piel, en este cuerpo animal desconocido, cuyas leyes creemos haber catalogado en su totalidad y metido entre cerrojos el menor de sus átomos, como una tumba en nuestra nueva Iglesia científica. Pero es una prisión y sus milagros son crueles. Es una Bastilla más sofocante aún que la de los Capelos o la de la Inquisición. Nuestros asesinatos y nuestras violencias, nuestras drogas, nuestros virus, son un grito de la Tierra, su última rebelión contra nosotros mismos, por no haber encontrado nuestro sentido, como la rebelión materialista lo era contra la prisión eclesiástica, pero más radical aún y hasta el fondo de nuestras células.

Después de la Edad Media, religiosa o científica, ¿vendrá la Edad del Bruto, sin más? No nos equivoquemos. No estamos al final de una «civilización», como un día estuvimos al final del Imperio Romano: estamos al final del Imperio Humano, sin más.

¿Pero acaso ha existido el hombre alguna vez? Quizá el hombre no existe aún. Le falta la clave de su secreto *físico*, evolutivo, que le liberaría para siempre jamás de sus diablos y de sus dioses, y de su prisión mortal. Una Evolución no puede pararse hasta que haya encontrado todo su secreto: que está en nuestra semilla misma, en nuestras células mismas, que están hechas de algo distinto a ese retorcido ácido desoxirribonucleico, del que nuestros Brujos están tan engreídos. Y las convulsiones mismas de nuestra era están hechas para *obligarnos* a encontrar el Secreto.

Hay a veces extrañas conjunciones en la Historia, como en los planetas, que nos hacen captar las grandes curvas del devenir humano, y también sus callejones sin salida.

Cuando nació Sócrates, Buda, por aquellos años, acababa de entrar en el Nirvana, y Esquilo estaba componiendo su *Prometeo*. Tres grandes semillas humanas, de las cuales la última sigue siendo misteriosa y desconocida. Las tres casi al mismo tiempo.

Podríamos decir que con el Nirvana de Buda, Asia tomó un camino..., que no llamaríamos «fatal», como el que tomó Occidente, porque era suave, bueno y compasivo, porque aconsejaba a los «insensatos», como los llamaba Buda, buscar su sentido y su realidad. Pero esa «realidad» lanzaba a Asia hacia una curva sin salida, al menos terrestre, puesto que nos enviaba a una Nada de la que nunca deberíamos haber salido, salvo por alguna aberración, que no sabríamos decir si era de Dios, del Diablo o de nuestra propia fabricación.

Pero muy pronto nuestra ciencia materialista iba a nivelarlo todo, igualando el Este y el Oeste en un mismo baño fangoso y utilitario que cubriría en lo sucesivo todos los continentes.

Ciertamente, es posible todavía entregarse a buenas meditaciones en tu cuarto y a «liberaciones» individuales; nada lo impide, y es hasta refrescante en medio de nuestro desordenado mundo; pero la Tierra sigue encadenada, como Prometeo en su Caucase, y la osmosis fangosa no dejará muy pronto ninguna consciencia en pie. Porque tampoco hay que engañarse: la isla de Belleza no sobrevive nunca a la barbarie ambiental, ni en el Tíbet ni en Atenas.

Y va en aumento: hoy somos ya más de cinco mil millones.

Es estremecedor.

Nos queda Prometeo.

Pero esta semilla está aún en estado de mito o de poesía, es una señal iluminadora en medio de una pista llena de niebla y completamente intelectualizada, y nosotros tenemos *necesidad* de un camino concreto, de un secreto concreto, de una *palanca* evolutiva que nos haga dar el paso, más allá de un nuevo período glacial o de un Apocalipsis; que no cambiarían nada, porque habría que recomenzarlo todo hasta que llegáramos otra vez ante el secreto de nuestras células. No hay nada más implacable que una célula, es la obstinación misma, y los miles de millones de años no cuentan para ella.

¿Y por qué no ahora? ¿Ahora que, precisamente, hemos llamado a todas las falsas puertas posibles?

El Fuego...

Prometeo quería traer el Fuego divino a los hombres. ¿Y dónde buscarlo, puesto que todos los secretos de la India nos remitían a la Transcendencia?

No todos.

Mucho antes que los Griegos, mucho antes que Buda y los Upanisads, y quizá incluso antes que la primera dinastía egipcia, unos tres o cinco mil años antes de nuestro reciente Jesucristo, hubo, en las cumbres del Himalaya, unos misteriosos cantores, a los que llamaban *rishis*, que dejaron sus cantos y su secreto tan intacto como el de los hipogeos y de los frescos de Tebas, porque los repetían y repetían, de padre a hijo y de maestro a discípulo, respetando la menor entonación, como debe ser en todas las fórmulas sagradas; y de esos himnos, que se llamaban *Veda*, quedó un cierto *Rig Veda*, consagrado al Fuego Divino, Agni, y descifrado por Sri Aurobindo, como los jeroglíficos por Champollion. Pero «descifrado» no con la ayuda de alguna otra «piedra de Roseta», ni siquiera con la ayuda de algún conocimiento superior: descifrado y *reencontrado* por la experiencia misma del cuerpo y de las células de Sri Aurobindo. «¡Ah, es *esto!*» ¡Este es el sentido! Las células reconocen. Podemos pensar cuanto queramos, pero un cuerpo tiene su modo de reconocer a su madre.

Oh, Fuego, tú eres el hijo del Cielo

por el cuerpo de la Tierra...

Oh, Fuego, tú eres el hijo de las aguas, el hijo

[de las selvas,

Hasta en la piedra estás para el hombre⁴.

Existe *ahí* un secreto.

Y esto otro:

Nuestros padres, con su grito, rompieron las plazas

fuertes y refractarias; con su grito, hicieron

[añicos la roca

de la montaña, abrieron en nosotros un paso...

y descubrieron el Día y el mundo Solar⁵.

Esa «roca», esas «plazas fuertes y refractarias», son nuestro «muro de muerte» y la invisible Bastilla contra la que la Tierra está rebelándose.

El próximo paso de la especie.

⁴ *Rig Veda*, III.25.1 y 1.70.2.

⁵ *Rig Veda*, 1.71.

3

La Esfinge

A veces, es mejor la sencillez y dejar los plurales literarios para decir «yo» simplemente, como el caminante. «¿Qué hora es?, ¿Adonde vas? ¿Y qué es lo que te mueve, hombre?»

Así hablaba Sócrates: «Detente, amigo, y charlemos un rato. No de una verdad que yo poseo, no de la esencia oculta del mundo, sino de lo que ibas a hacer cuando nos hemos encontrado. Tú creías que eso era justo, o hermoso, o bueno, puesto que ibas a hacerlo; explícame entonces qué es la justicia, la belleza, la bondad⁶.»

Justicia-belleza-bondad... ¡Demonios! ¿Dónde se esconden esos pájaros?

He caminado..., he caminado mucho. Incluso he galopado a través de varios continentes. ¿Pero qué impulsaba esta marcha? ¿Qué corriente movía mi quilla, y por qué escogí este cabo, y ese otro, y tantos otros cabos?... como un semiloco lúcido... Nunca me movió un solo «pensamiento», ninguna abstracción. Aunque nací en París, en la calle Giordano Bruno (un hereje lo suficientemente testarudo como para ser quemado vivo) —empezaba bien—, soy marino y bretón, y amo la mar abierta y las gaviotas. Cuando iba por los caminos de Afganistán, solía acordarme de Malraux: «No seré yo quien confunda el abandono al azar con esta hostigante premeditación de lo desconocido.» Lo desconocido es muy bretón (uno de mis parientes fue grumete de uno de los primeros veleros de la ruta del cabo de Hornos). Lo desconocido, la aventura me llenaba el corazón mucho más que lo conocido.

Pero, ¿por qué? ¿Qué me puso a caminar?, los marinos dicen «largar amarras». Al final de la búsqueda está lo que había al principio, y tal es la incógnita de todo el mundo. La silenciosa incógnita de todo el mundo. La silenciosa incógnita del niño que contempla cómo rueda la ola y la brisa que acaricia hacia mar abierta.

«¿Qué es todo esto?, ¿quién está ahí?»

Mi incógnita cayó sobre mí como un temblor de tierra. Fue un 5 de mayo de 1945, tenía veintiún años y unos meses. Acababa de salir de un barracón lleno de piojos y tenía ya el tifus, atrapado justo en los últimos días del campo de concentración⁷.

Fui salvado, no sé por qué.

Tenía motivos para ser un hereje de *todo*.

Yo era una herida abierta.

Dieciocho meses en el Horror *humano*.

No, no eran los «nazis», ni los «alemanes», ni «los demás»: la devastación del hombre. De pronto, fui precipitado al corazón de un mundo salvaje, como los monos rojos que chillan en la noche de la Guayana. Quizá chillan para tener su sentido. ¡Cuánto hubiera chillado yo para tener el mío!

De todas formas, hay Gracias extraordinarias.

Tal vez algunos gritos hacen descender gracias.

Exactamente siete meses después de haber salido de aquel *no man's land* y de haberme templado de nuevo en la mar —que ya no me decía nada, salvo que me amaba y que yo la amaba, y que por fin había algo que amar—, me encontré a bordo de un viejo avión militar, puesto que no había aún ningún transporte, nada, el caos después de la guerra..., camino de El Cairo. Y de las Indias, donde un primo bretón acababa de ser nombrado gobernador.

Y llegué a Gizeh: la Esfinge.

Me quedé petrificado.

Estaba solo, las hordas de turistas no se habían precipitado aún sobre el mundo como Gengis Khan.

Tenía veintidós años. Era como un muerto en pie. Era sólo dos ojos que contemplaban y contemplaban... las arenas y la Esfinge como la mar y la mar, como un niño amnésico con su agujero de dolor. Ya no había nadie en mí, sólo aquel agujero, aquel dolor, y era el único «algo» que había. Y luego «aquello», que me contemplaba como desde el fondo de la eternidad, como la mar que tuviera una mirada.

Yo era muy pequeño. ¿Y qué era yo?

Ni siquiera era un «hombre»: me habían arrancado mi humanidad. ¿Cómo reflexionar sobre algo que es *NADA*, que es un agujero, un grito, y nada más. Un fuego, sí. Un agujero que arde, ferozmente. Ser, es un fuego que arde. Es anterior a los hombres, es anterior a las Eras. El primer grito en las montañas de la Tierra fue un fuego. Era mi ser de fuego ante aquella Esfinge.

Y también algo que se parecía a una rebelión, o a un amor traicionado. Pero era «el hombre» quien me había traicionado.

¿Habría una respuesta? ¿Y una respuesta a qué?

¡Yo no buscaba un pensamiento ni una filosofía! Yo buscaba... un latido de corazón.

Bajé hasta el Alto Egipto. ¡Solo, completamente solo! ¡Tenía todo el Alto Egipto para mí! Abidos, Tebas, Luxor, el Valle de los Reyes, y Nag-Hamadi, donde viví durante mes y medio al borde del Nilo.

⁶ Citado por Encyclopaedia Universalis, 15.91.

⁷ Detenido por la Gestapo a la edad de veinte años, por participar en la Resistencia, sobrevivió a los campos de exterminio de Buchenwald y de Mauthausen. (*N. del I.I.E.*)

Estaba estupefacto. Viví durante mes y medio en un estado de emoción incomprensible, bebiendo, bebiendo aquel mundo lleno; eran sólo arenas, ruinas, todo estaba vacío, y estaba lleno a reventar, como aquellos pilares de Luxor, rotos, macizos, aplastados de sol, pero en pie y presentes como si llevaran aún al dios Ra en sus espaldas. ¡Estaban vivos! Estaban *ahí*.

De pronto, Occidente me pareció un cascarón vacío y muy decorado, incluso las columnas griegas me parecían afeminadas al lado de aquellos gigantes. De pronto, el mundo occidental, sus iglesias, sus catedrales, sus academias y sus Sorbonas, me parecían una especie de artificio intelectual, bonito y bien torneado, limpísimo, pero tan frágil que parecía no basarse en nada.

Podías pasearte por él como por un bulevar..., ¿en medio de qué?

Aquí, uno era engullido, aplastado, sobrepasado, por un mundo que no era una incógnita con respuestas, sino que era la incógnita misma, vivida, bebida, viva, plantada bajo el sol, y tan pronto tragada por las arenas, como reapareciendo una y otra vez, como si la pregunta misma, repetida miles y miles de veces, adquiriera una potencia en sí y una presencia de fuego que era la Respuesta misma.

La «inteligencia» era la facultad de beber «aquello». Todo lo demás..., pequeñas anécdotas para circular a lo largo de las circunvoluciones cerebrales. Desembocaba yo de repente sobre una «nada» que era un formidable algo, sin palabras. Y siempre, siempre, este algo prendía un fuego en mi corazón, como si este fuego fuera todo-lo-que-es.

Y luego Tebas, los hipogeos: todo me *decía*, todo me hablaba, como ningún libro de Occidente me había hablado. Era muy curioso: ¡no había nada que comprender y todo estaba lleno de comprensión! ¿Había vivido yo en las nubes? ¡No, diantre! Allí estaba la Gestapo, que me había precipitado brutalmente en un abismo de incomprensión total. Aquel Horror me acompañaba en sordina por todas partes. Como si todo Occidente desembocara *allí*. Toda su cultura, su inteligencia, sus máquinas eran una especie de viento que se precipitaba en un agujero negro.

Bastaba soplarle un poco, y todo se hundía. Pero los pilares de Luxor seguían en pie. Y contemplaba yo aquellos frescos en la penumbra, aquellos jeroglíficos llenos de sentido sin sentido. Y la gran Serpiente de Tebas, aquellos hombrecillos uno tras otro, en fila india, llevando cada uno sobre la cabeza un anillo de la gran Serpiente, y que iban e iban, a través de los siglos y de las vidas y de las dinastías derrumbadas, y que iban, ¿hacia dónde?, llevados por un único destino.

Permanecí estupefacto durante mes y medio, había sido precipitado a otro nacimiento. No sabía a cuál, puesto que yo no era ya el que había nacido en la calle Giordano Bruno. Yo era radicalmente el que había muerto en una cierta caverna de la Gestapo.

Hice mi mochila y cogí el tren que subía hacia El Cairo aquella misma noche. Era un 21 de febrero de 1946, ¿casualidad? Justo el mismo día del nacimiento de alguien que yo no conocía aún y que iba a cambiar totalmente mi vida: «Madre», allá en las Indias.

Iba ausente en mi tren, sin palabras, mientras pasaban los campos de caña de azúcar y los reflejos de la luna sobre el Nilo. Yo era más bien una especie de mirada negra, ardiente, que quería atravesar el Enigma. Era preciso encontrar o estallar. Estaba claro. No es posible vivir con ese horror en la boca del estómago. Era toda mi humanidad la que estaba muerta. Y luego aquellas poderosas apariciones del desierto que intentaban habitar en mi hipogeo íntimo.

Incluso, un atardecer, cerca de Abidos, vi aquellas maravillosas estatuas de mis aparecidos de rostro martilleado, salvajemente martilleado por algún fanático musulmán (¡Dios me guarde!) de los tiempos pasados. ¿Pero los «tiempos pasados», son alguna vez pasados? Todos continuamos bajo la gran Serpiente de Tebas, con la boca abierta.

¿Qué hay en el fondo de esta condición humana que nos hace rebelarnos tanto? Y yo miraba, agudizaba mi mirada negra... También había existido Espartaco y su ejército de esclavos rebeldes; creían rebelarse contra los romanos, pero... Y luego Glaber, y luego el innoble Crassus, que hizo crucificar a 6.000 —seis mil— esclavos de Espartaco a lo largo del camino de Capua a Roma.

Crassus, era antes de Jesucristo.

Hitler, era después de Jesucristo. ¿Dónde está la diferencia? ¿Y *quién*, el próximo Hitler? ¿Dónde?

Cuarenta años después, sabemos que Hitler ha hecho carnada por todas partes, y que fue él quien ganó la guerra⁸.

No, no era el hundimiento de Occidente lo que yo contemplaba en mi tren de El Cairo, sino algo mucho más profundamente cavernoso, en donde había un Secreto de vida, o de muerte, que arrancar, si no queríamos acabar como Espartaco en una mileava rebelión... inútil.

Fui a ver la Esfinge por última vez. Me disponía a tomar un barco inglés en Port-Said que zarpaba para Bombay. En verdad, yo pasaba de todo, era una especie de suicidado con prórroga.

Y allí estaba aquella Esfinge, tan asombrosa, como si algún Titán hubiera atrapado la incógnita de la Tierra para hundírnosla silenciosamente en la boca del estómago. Y luego las arenas.

⁸ Con acierto, algunos llaman al Sistema actual mundial, del este y del oeste, «tecnofascismo» o «tecnonazismo», es decir, un campo de concentración electrónico. (N. del I.I.E.)

Oh, caminante, ¿qué hora es? ¿Y adonde vas?
Cuando nació Sócrates, la Esfinge tenía ya varios miles de años.

4

El Revolucionario

¿Qué te mueve, oh, hombre, o qué nos mueve a profundidades desconocidas en nosotros, y parece hacernos errar de aquí para allá, para que el milagro se nos abra de par en par al borde del camino?, como si ese milagro estuviera premeditado, retomando las palabras de Malraux. ¿Y qué caminos habremos recorrido antes, otras veces, para hacernos volver a cruzar un sendero en el que todo parece reconocerse, reanudarse, armonizarse? En fin, ahí está, uno parte y la cosa comienza de nuevo, después de tantos inútiles pasos y de tantas tonterías.

Nunca dejaré de asombrarme de aquella trayectoria casi fulminante que, apenas salido de aquel hundimiento «humano», me condujo, primero, a los pies de la Esfinge, ante el viejo Enigma enterrado en las arenas, y, después, ante aquel milagro abierto: Sri Aurobindo. Diez meses después de una agonía de tífico sin saber muy bien si quería vivir ni para qué, estaba yo ante el destino mismo: la muerte y la vida.

Era un 24 de abril de 1946. Tenía veintidós años y medio.

Cuando llegué al «Gobierno de Pondichery» no conocía nada de Sri Aurobindo. Tan sólo sabía que era un «revolucionario», que había sido encarcelado por los ingleses y que estuvo a punto de ser colgado.

¡Eso me lo hacía inmediatamente simpático!

También decían que era un «Sabio».

Pero yo era un completo ignorante de las «sabidurías de Asia», comprendía mejor a Vasco de Gama, a Cristóbal Colón y a los piratas bretones al abordaje de los galeones españoles.

Y a decir verdad, me gustaba más Espartaco que Buda.

Aquel 24 de abril todo volcó en una nueva mar desconocida.

Hacía un calor tórrido, eran las dos y media de la tarde. Pavitra, un politécnico francés (¡Dios mío!), me esperaba en el bajo del Ashram. Era un hombre muy fraternal y sencillo, con yo no sé qué luz sonriente en los ojos. Me hizo casi preparar por una escalinata estrecha donde se apretujaba la fila de discípulos, luego un escalón, y aquella habitación... completamente silenciosa, podría decir que sólidamente silenciosa, tapizada de blanco. Y en el fondo, dos seres sentados.

Casi como un autómatas, me acerqué. Junté las manos al estilo indio, según me habían dicho que hiciera. Y allí estaba El, como aplastado de potencia inmóvil. Su rostro tenía una luz azul (creí que era a causa de las lámparas). Me miró. Era tan amplio, ¡oh, una amplitud mucho mayor que todas las arenas de Egipto, y más suave que todos los mares! Y todo volcó en... no sé qué. Tres segundos.

Luego, Madre, sentada a su derecha, me dirigió una gran sonrisa girando un poco el cuello y el mentón hacia mí..., como si dijera, ¡aah! Yo estaba totalmente estupefacto. Tres segundos.

Regresé a mi habitación en el «Palacio del Gobierno», me senté en mi gigantesca cama, que databa quizá de la *Compañía de Indias*, y me quedé así..., sin comprender, como tampoco había comprendido el Valle de los Reyes ni Tebas. Era otro mundo. Vibraba, vibraba como algo que se hunde muy lejos, más allá de los horizontes, y después ya no se sabe, no se sabe nada. Tan sólo sabía que aquello era «algo para siempre». Tres segundos para siempre. Un ser... único, como no encontraré otro. Un *ser*.

Luego, sentí como un pulgar que se hundía en mi cráneo, a través de la cúspide de mi cabeza. Era rarísimo. Una sensación *física*. Y era, además, inmóvil, poderoso, sin sentido. ¡Nada tenía sentido!

Y, sin embargo, nunca me he sentido tan *vivo* como aquel día.

Qué pobres somos para decir lo que llevamos en el corazón.

Nos vemos siempre obligados a servirnos de una especie de truco circunvolutivo que da toda clase de revueltas... ¿Cuándo hablaremos en música?

Estaba tan conmovido, tan incomprensiblemente conmovido, que me lancé sobre todo lo que pude encontrar de Sri Aurobindo en mi mal inglés: opúsculos, cartas, trozos de artículos, algunas conversaciones transcritas... Y enseguida caí sobre una frase, cuatro palabras:

«EL HOMBRE ES UN SER DE TRANSICIÓN»

Me produjo una especie de revolución en la cabeza, en mi corazón, en mi vida... Hubiera podido no saber jamás que la Tierra era redonda, no saber que giraba alrededor del Sol, ni lo de la manzana de Newton ni todo el bataclán científico e «instruido», que *nada* hubiera cambiado esencialmente en mi vida, tan sólo que hubiera navegado en veleros más bonitos y por mares más desconocidos. Pero que el hombre fuera un ser de transición era una formidable noticia.

Es posible navegar con astrolabio y portulanos, o también desnudo al viento, ¿pero cómo navegar con la muerte en el corazón? El corazón de los hombres está lleno de muerte. Y la siembran por todas partes.

Desde luego, yo había leído a Lamarck (al menos lo que se decía de él en los textos de filosofía, y me había apasionado), pero nunca me hubiera imaginado que esta especie triunfante no era más que... un eslabón, una especie de babuino «superior», y que íbamos a pasar a otra cosa.

Mi corazón gritaba para encontrar esa «otra cosa», y encontrarla no en los cielos, ni en las Biblias de uno u otro género, ¡sino en mi cuerpo!, este cuerpo burlado, asesinado, que había sido cargado como una muña con falsos conocimientos, imperativos religiosos y científicos, o, qué sé yo, todo lo necesario para desembocar en un Horror *humano*.

Y ahora, de pronto, ¡era tan evidente! Mi astrolabio apuntaba recto hacia aquella estrella.

De pronto, todos estos carnívoros humanos —que se me perdone— me parecían..., bueno, una etapa, un interludio... doloroso. Y fecundo. Formidablemente fecundo, ¡puesto que por fin nos encaminábamos a alguna parte! El ser que yo había visto, aquel Sri Aurobindo tan denso, punzante, como aplastado de potencia, como los pilares de Luxor, con una mirada... inmensa, ese *ser* no podía contar tonterías filosóficas. El sabía, sabía el camino. Había un camino.

Era una noticia formidable, la primera noticia de mi vida.

Y seguí leyendo, precisamente, las primeras páginas de *Conversaciones de la tarde*, anotadas por un anciano muy cálido y dinámico, un revolucionario también, A. B. Purani, al que había encontrado en la calle; era todavía una época en la que los Sócrates indios te preguntaban en la plaza: «Oh, hombre, ¿dónde vas?» Sí, ¿dónde vamos?

Aquellas primeras páginas contenían otra noticia, o una declaración más bien, que no era la de los «derechos humanos», sino la de nuestra tarea, nuestra tarea humana: somos obreros, estamos aquí ante todo para trabajar. ¿En qué? Somos descubridores, ¿para descubrir qué? Y nos rebelaremos y nos moriremos, salvajemente o no, colectivamente o en nuestra piel, hasta que hayamos descubierto la obra a realizar y la meta de nuestra especie.

He aquí lo que decía Sri Aurobindo a aquel viejo revolucionario, Purani, que debía ser aún muy joven entonces, quizá como yo:

*No se trata de rebelarse
contra el gobierno británico.
Eso puede hacerlo cualquiera.
Se trata de una rebelión
contra la Naturaleza universal entera.*

¡Ah! Era un desafío muy interesante.

¿Qué hubiera dicho de él Espartaco?, ¿o Lenin?

Ya podemos dar vueltas sin fin a las revoluciones, que no revolucionan nada, que sólo vuelven a meter los mismos elementos en el caldero, que de él no saldrá, finalmente, más que lo que hemos metido dentro. Y, precisamente, parece que no sale otra cosa que hombrecillos voraces e inventos cada vez más monstruosos para saciar una voracidad insaciable. Todas nuestras revoluciones se derrumban o acaban en la mugre, porque no hacemos esta única Revolución.

Y decía al final, como poniendo los puntos sobre las «íes»:

*Si nuestra meta
es una transformación total del ser,
la transformación del cuerpo, necesariamente,
es una parte indispensable.*

Así que, verdaderamente, yo estaba ante El Revolucionario. Y un revolucionario que tenía un camino.

Tenía en qué trabajar.

Tenía qué descubrir.

¡Mi astrolabio apuntaba derecho a lo desconocido!

5

Ella

Sin embargo, yo no estaba aún preparado.

El toque de sirena había desgarrado la noche, pero yo seguí errando por el puerto.

¡He errado tanto! Pero todo eso formaba parte de un Fuego creciente, quizá sea necesario llegar al punto en que se rompe la amarra, todas las amarras. Yo no tenía casi ninguna, salvo la que no se ve y que está en la propia piel. Aquel bretón, quizá era necesario desenraizarlo también; nuestro «mejor» es también nuestro mayor obstáculo. Era mi última amarra en este mundo insensato: la mar, las gaviotas, la pequeña ensenada soleada en la que la resaca viene a repetir y repetir lo infinito y a romperse en una roca de líquenes anaranjados. Esa roca...

Y luego, brutalmente, un día de diciembre de 1950, mi hermano me trajo al cuarto, en París, el periódico *Combat*: Sri Aurobindo se ha ido.

Se ha ido.

¡Oh! ¡Qué hundimiento! ¡Qué grito en mi corazón!

¡Se ha ido!

Ese *ser*.

Era toda la Tierra la que sufría en mi corazón. Toda la Tierra se volvió pobre, harapienta, privada de su Sentido.

Sri Aurobindo...

De pronto, hice mi mochila y partí para la Guayana, la selva virgen, cualquier cosa, pero algún lugar donde pudiera gritar hasta reventar, mi miseria y mi no-sentido humano. Si no podía saltar al futuro, al menos podía sumergirme en una Prehistoria verde donde no había más que monos y gritos de aras.

Pero siempre está ante uno mismo, ese enigma que arde y muere y empieza de nuevo.

Un hombre es toda la Tierra planteando una pregunta. Es su Destino después de los monos. Es su Fuego devorador hasta llegar a la «puerta sin llave», ese rincón final, ese último muro en el que es necesario encontrar o morir. El individuo es toda la especie, no son dos cosas separadas. ¿Había descendido yo tan profundo en este horror humano para decir simplemente «¡bah!, me voy»? Era necesario perforar el agujero, ver qué había en el fondo, al otro lado del fondo; sí, tomar la espada del Tracio, pero no para atravesar a ningún opresor, ¡los opresores están por todas partes!, ¡habría que matarlo *todo*! Y no había odio en mi corazón, había una especie de comprensión de todo y de compasión de todo, como sólo la pena y la desnudez pueden daros: sí, encontrar la salida de este campo de concentración humano. La *Ratz* de la desdicha. El fin de esta opresión radical que nos lanza a los unos contra los otros, y que nos *lanza* sobre todas las demás especies como nuestra presa, y sobre toda la Tierra como una hija de la calle a violar, poseer y prostituir de todas las formas posibles para nuestro beneficio de un momento.

Durante dos años, anduve errante, gruñendo, desgastando mi pena; y alguna vez que otra con grandes alegrías de salvaje.

Luego, colgué mi mochila de rebelde.

Allí seguía Madre, a la que no entendía en absoluto.

Superé mi aversión congénita hacia todas las «comunidades», «ashrams» y lugares cerrados y detentadores de «la Verdad», y partí de nuevo hacia la India.

Tenía treinta años.

Ella...

Aquel misterio.

Nunca me interesaron los ashrams y sus historias. Pero Ella...

Un peligro para mí.

Me acerqué a Ella como se acerca uno a los «arrecifes de Taillefer», flanqueados de espuma, hirvientes y tan bellos: un peligro irresistible. ¡Hundirme allí, y partir mi quilla!

Lo deseaba, y lo temía.

Pero siempre amé la mar.

Y amé a Madre hasta ahogarme.

¡Cómo luché! Decía sí, y decía no. ¡Yo quería saber! Y Ella hizo zozobrar todas mis viejas comprensiones en algo desconocido... asombroso. Yo sacaba mis garras, y luego mi corazón se sumergía en Ella, sangrante, herido. Ella cogió mi rebelión en sus brazos, e hizo con ella una espada para atravesar el Horror.

«Vamos a hacer algo juntos.»

¡Hacer, sí! ¡Oh!, las meditaciones y las especulaciones, estaba de ellas hasta la coronilla.

Pero hacer, amasar, cortar con el machete como en la selva... Y primero hay que cortar en uno mismo; es difícil, es doloroso encontrar al Enemigo en la propia piel. Nunca iba a dejar de encontrar al Enemigo, siempre más denso, siempre más cruel e inexorable; porque huir a las alturas está muy bien, es bonito, ¡pero *descender* ahí... pasados los primeros centímetros!, no es que encuentres tus atavismos, ¡encuentras toda la Tierra! No hay cien hombres, sólo hay uno. No hay cien enemigos, sólo hay uno. Y no hay más que una Victoria: sobre la muerte. Porque todo el resto de nuestros pequeños diablos surgen de *ahí*.

Ella me cogió de la mano. Hizo de mí su confidente, durante casi veinte años.

Entendámonos: la «muerte»..., no se trata de ser «inmortal», bien lo sabe Dios, en esta piel de mono superior. Sino del algo-que-hace-la-muerte, que envuelve toda la Tierra, o la «alimenta». Ese abominable humus primordial. A no ser que

sea una «roca», como decían los rishis védicos, aquellos misteriosos sabios de los comienzos del Hombre, que parecían conocer ya el final, el Fin:

*Oh, Videntes,
tejed la obra inviolable,
LLEGAD A SER EL SER HUMANO.
cread la raza divina,
afilad las luminosas lanzas
para abrir el camino
hacia lo que es inmortal⁹.*

Llegad a ser el ser humano...

¡Era hace cinco o siete mil años! Había todo un camino a recorrer para ser lo que todavía no somos. El mañana de la Tierra. Después de unas cuantas convulsiones... fecundas.

Ella me cogió de la mano. Me hizo el testigo de esta increíble caminata hacia el mañana de la Tierra, hacia el Hombre que no ha nacido aún.

Yo la vi penar, la oí gemir, escuché sus gritos, su desesperación a veces, sus experimentos un tanto... vertiginosos. Y también su Sonrisa, siempre, mientras pudo. Ella quiso llegar hasta el fin. Y jadeaba, cada vez más, en medio de aquella jungla ashramita que sólo comprendía su propia mediocridad humana. Ella abría paso allí, en aquellos hombres, que no eran varios cientos, sino un único «barrizal», como decía Ella, con algunos dorados en la superficie y vuelos espirituales, porque, a pesar de todo, somos completamente ambiguos. Ella abría el camino en aquellas «plazas fuertes y refractarias». Iba al asalto de la especie nueva *a través de la resistencia misma* de la vieja especie. Como el pez sobre la arena va al asalto del Sol nuevo a través de su asfixia y sus sobresaltos, que son la asfixia y los sobresaltos de toda la vieja especie. ¡Es en el cuerpo donde hay que abrir paso! ¡Es contra corriente como ha de hacerse! ¡Es contra todo el mundo como hay que osar desenterrar lo que no es aún de este mundo!

El nuevo ser es un peligro para todos. Lo desordena todo. Lo tambalea todo, ¡es contrario a todas las leyes, desde luego!, puesto que se trata de arrancar la Nueva Ley a la negación misma de nuestro propio cuerpo, y de todos los cuerpos, ¡porque sólo hay un cuerpo!

Ella abría paso, abrió todo el paso que pudo, en nuestro torreón dorado, rodeada de guardianes crueles y de diversas serpientes. Y llegó un momento en que ya no tuvo palabras: tenía esa gran Mirada que atraviesa el tiempo y los muros, esa inefable sonrisa de compasión para esta herida que éramos todos. Ella cogía mis manos, cerraba los ojos, me llevaba secretamente hacia lo que yo no comprendía aún, hacia lo que yo no era aún. Y, ahora lo sé, vertía Ella en mi corazón y en mi cuerpo algunas gotas de este fermento nuevo, esta esperanza de la Tierra.

«Quiero seguir caminando», decía Ella la víspera de aquel 17 de noviembre de 1973.

Ella, la intrépida.

Ella, que me lo dio todo, que hizo todo por mí, por todos nosotros. Y sin que nadie lo supiera.

Ella, más anciana que Tebas, y que arrancó su secreto a la Esfinge, nuestro secreto.

¡Oh!, sus manos frescas y tan fuertes sujetando las mías; tan fuertes, como si Ella tirara de mí y quisiera tirar de toda la Tierra.

«¿Qué hora es?», me preguntó una última vez. Fueron las últimas palabras que oí de Ella.

La hora, ¿qué hora es para la Tierra?

Ella se fue...

Tenía yo cincuenta años.

⁹ *Rig Veda*. X.53 ss.

6

El desafío

Tengo cosas difíciles de decir.

¿Qué lenguaje puedo usar?

En mi celda de Fresnes, al amanecer, cuando oía aquellas botas de la Gestapo en el pasillo, había un silencio ardiente en mi corazón.

Después de la partida de Madre, no hubo aquel hundimiento que había sentido cuando Sri Aurobindo se fue. Había ese silencio ardiente.

No estaba ya ante mi pequeña persona interrogándose sobre sí misma y sobre su destino.

Yo era una mirada desnuda sobre el muro negro de una célula. Escuchaba otras botas que suben por los pasillos del mundo. Estaba yo ante el destino del Hombre, sin más, y la pregunta de la Tierra. ¿Entonces, no hay esperanza? ¿Vamos a comenzar de nuevo de padres a hijos, y las Tablas de la Ley y Euclides, y mil y una insurrecciones para nada, y todos estos horrores en aceleración? ¿Y bebés a millones para empezar otra vez los padres, los abuelos?... Fue como si reviviera la vanidad de todas estas vidas y la muerte de todos los hombres, y su última incógnita. ¿Vamos a comenzar de nuevo en una cuna y empezar otra vez con la misma incógnita? Yo había tenido la «suerte» de morir a lo largo del camino y de vivir al menos con esta pregunta.

No, no «la muerte», sino las innumerables muertes y el Sentido de nuestra especie.

Este Sentido yo lo tenía; no filosóficamente, sino fisiológicamente. Cuando te estás muriendo, no haces filosofía. Estás en plena fisiología convulsiva. Como la Tierra ahora.

Este Secreto, yo lo tenía; era necesario vivirlo. Era necesario transmitirlo.

Era una responsabilidad un tanto terrible.

Pero, primero, había que salvar este fabuloso documento del caminar de Madre: *La Agenda*. Había que impedir a cualquier precio que estos pasos a tientas y estos balbuceos de una especie nueva, estos gritos de descubrimiento y estos desgarramientos, cayeran en las garras de una nueva Iglesia. Fue una dura batalla, que no tiene lugar contarla aquí. Giordano Bruno era testarudo, yo también. Hoy ya no hay hogueras, gracias a Dios, pero sí hay asesinos en los barrancos, creo que hay asesinos por todas partes, como había visto ya mi hermano Rimbaud: «Se acerca el tiempo de los asesinos.»

Me hicieron falta ocho años para materializar este fabuloso Mensaje de seis mil páginas, e intentar —¡oh, qué prueba!— trazar un camino, una «senda», como se dice en la selva virgen, en medio de aquel cataclismo verde, que no era ya el de la prehistoria, sino el de una historia no nacida todavía, incomprensible para todos.

Y yo mismo, ¿qué comprendía?

Comprender, está muy bien, pero no se comprende verdaderamente más que en la propia piel, como se comprende la mar zambulléndose en ella y desollándose con las rocas, ¿y luego, qué? ¿Seguir escribiendo libros? ¡No se llega a ser una pequeña foca al sol con un manual! Era urgente *Llegar a ser*. Los «lectores» leerían, abrirían los ojos, quizá, a este Sentido extraordinario. Pero cuando el Imperio se hunde —nuestro Imperio humano—, cuando nuestra Tierra es saqueada como ningún Atila lo había hecho, cuando las conciencias se oscurecen y son invadidas por una hipócrita barbarie, y el crepúsculo cae ya sobre nosotros, ¿no había nada mejor que hacer, sí, *hacer*, precisamente?

Era un desafío... terrible.

No me atrevía. Y eso me perseguía.

¿Había tenido yo el privilegio, la gracia, de escuchar a Madre, de conocer a Sri Aurobindo, de haber tocado el secreto de los rishis védicos, simplemente para escribir libros? Si nadie hubiera seguido, jamás, a Cristóbal Colón ni a los vikingos, para nosotros América no existiría, sencillamente. Si nadie se hubiera asfixiado, jamás, en un pantano reseco y hubiera «inventado» la respiración pulmonar, los terrícolas no existiríamos, sencillamente. ¿Era preciso *continuar*? ¿O no?

Me daba vergüenza atreverme, y vergüenza ¿por qué? ¡Porque me parecía tan desmesurado para un hombrecillo!... Pero si ningún hombrecillo continuaba, por pequeño que fuera, por pobre que fuera, por muy mezclado que estuviera como todos los hermanos del barrizal general, ¿qué esperanza podía existir? No hay necesidad de ser «superior» ni superinteligente para dar el paso, el paso de la próxima especie, ni tener virtudes especiales, porque, precisamente, nuestras superioridades y nuestras «inteligencias» y nuestras virtudes son los síndromes de la vieja especie, y no se trata de llegar a ser un «superhombre», sino otra cosa, completamente otra cosa. Se trata de tener valor, eso es todo.

¡Y una sed muy grande!

Así que me dije: «¿Y por qué no?» Como cierto Charcot en ruta hacia los mares árticos. El pereció en el mar.

Pero otros continuaron.

Yo había terminado mi tarea de escriba, y quién sabe, en Tebas, a los pies de Madre, quizá había escuchado ya la historia de otra humanidad. Pero el tiempo avanza sigilosamente, mientras el dios Sol espera. «Encontraron el Día y el mundo solar», decía el Veda. ¡Fue hace tanto tiempo!

¿Habremos llegado, por fin, al tiempo, a la hora, al día? La oscuridad nunca es tan profunda como antes de la aurora. Lo había dicho Sri Aurobindo.

Tengo cosas difíciles de decir, que han estado mucho tiempo ocultas detrás de mitos, de leyendas, de pistas perdidas..., ¡y de tanta sangre!

Me sentía muy angustiado con la idea de retomar el hilo allí donde Ella lo había dejado.

Hasta que me lancé al agua. Y hace ahora siete años —siete años han pasado—, día tras día, y podría decirse que hora tras hora, que estoy dentro de esta labor. Los rishis védicos lo llamaban «cavar». No sé... Se entra aquí como en una

tempestad que lo desenraiza todo, o lo desnuda. Y cuando se entra en la tempestad, no es posible detenerse para tomar aliento, es preciso ir hasta el final, o naufragar.

Hace ya siete años que estoy metido aquí dentro, solo, aislado del mundo; y, sin embargo, ¡nunca he visto tanto mundo! ¡Oh!, esos horrores, la Tierra está *poseída*, más que en ninguna Edad Media. Yo había comprendido, después de la experiencia de Madre y de Sri Aurobindo, que era necesario, a cualquier precio, estar solo y bien escondido para hacer este trabajo. Se está escondido físicamente, pero todos los subterráneos de la Tierra vienen a desembocar en ti, y cantidad de maleficios. Como si se estuviera enfrentado con *todo*.

¡He hecho tantos descubrimientos desde aquel día de 1982!, descubrimientos que ya había hecho Sri Aurobindo, y que también Madre había hecho, que quizá el mismo Juan de Patmos había hecho en su isla de exiliado, y los rishis. Pero me doy cuenta de que no había comprendido nada, o muy poco, yo que había sido, sin embargo, el testigo, que incluso había escrito libros —una Trilogía¹⁰— para intentar hacer comprender el camino de Madre. No se comprende nada mientras «la cosa» no te sucede en el cuerpo como un temblor de tierra. Entonces dices «¡ah!», y quedas sobrecogido, como ante el Secreto de la Tierra y de los siglos.

Pero... queda ese punto de interrogación final, el último paso, y nada será conocido verdaderamente hasta que se llegue al final.

Yo había dicho que no quería escribir más, de tan frívolo que sentía el decir y decir, pero a veces hay que lanzar una botella al mar...

De todas formas, durante estos siete años, ¿y quién sabe durante cuántos años todavía?, he guardado unas notas de esta peligrosa Odisea; sentía que era preciso dejar algunas huellas (llamo a eso mis «Cuadernos»: los *Cuadernos de un apocalipsis*). Los griegos ya sabían, y Juan de Patmos también lo sabía, que ese famoso «Apocalipsis» del que se han hecho tantos monstruos (de todas formas, quizá algunos terremotos y un cierto número de «bestias»... son ya visibles), quería decir sencillamente *Apocalipsis*: desvelar, desnudar. Es el tiempo de la puesta al desnudo, la horrible cosa que vemos hormiguar por todas partes.

No sé si estos «Cuadernos» verán la luz del día, y quizá sean sorprendidos, rebasados por el «Día» de los Vedas, superados por los hechos. Pero me he sentido interiormente obligado, casi forzado podría decir, a escribir ahora estas páginas, porque lo veo muy claro, día tras día, este oficio de la especie nueva es agotador, y... nunca se sabe.

He querido dejar algunos esbozos, al menos, algunas «señales de pista» —de las que sólo daré dos— de lo que he visto, «desnudado» en mi propio cuerpo, día tras día. ¡Y allá va!

¹⁰ La Trilogía: «El Materialismo Divino», «La Especie Nueva», «La Mutación de la Muerte». (Nota del I.I.E.)

7

La vida y la muerte

¿En qué dirección hay que buscar?

Hasta ahora, la «dirección» estaba totalmente hecha para nosotros, o para las especies que nos precedieron: la Naturaleza nos precipitaba en las condiciones requeridas y no había nada que buscar. Era el cuerpo el que «buscaba» y se debatía como podía en medio de un terremoto, una inundación, una sequía, un cambio radical de los medios alimenticios o respiratorios, o algún asteroide que venía a hundirnos bajo otro período glacial.

Pero en todos los casos, era el cuerpo el que buscaba.

Hoy también es el cuerpo el que busca, pero de otra forma, porque está completamente hundido, no ya bajo un período glacial, sino bajo un período técnico, científico y médico que le estrangula por completo y le priva de sus propios medios, podríamos decir que de su propio conocimiento.

Pero bien pudiera ser también que este período de brujería, o de falsificaciones más bien —es el tiempo de los falsificadores y de los disfraces—, forme parte de los medios de la Naturaleza, y nos esté ahogando de una forma un tanto horrorosa para obligarnos, u obligar a algunos asfixiados especiales (!), a encontrar la clave evolutiva. La verdadera. La del comienzo de toda esta historia. Nunca ha hecho falta mucha «gente» para hacer una nueva especie: basta una grieta en la vieja coraza habitual, pasan algunos, y ya es otro mundo.

Una grieta, un *defecto* precisamente. Mientras todo rueda, ande, vuele o nade en el mismo baño, nos limitamos a «mejorar» el baño y las condiciones del baño, pero entonces se es ya una especie estacionaria o en vías de regresión, o de destrucción espontánea, como lo anuncia nuestro virus antihumano.

¡Y bien sabe Dios que nuestro período llamado humano está lleno de defectos!, que nuestra ciencia y nuestras religiones intentan calafatear como pueden, pero nuestro navío está perdido; cuanto más queremos mejorar nuestras condiciones, más pesan sobre nosotros; cuanto más queremos rectificar nuestros errores, más refuerzan la prisión; cuanto más «maravilloso», antes acaba hartándonos.

No se trata de mejorar este «baño».

Entonces, ¿dónde buscar? ¿Cómo buscar en... algo que no existe aún?

Si el pez hubiera tenido la «idea» de buscar, quizá hubiera sacado la nariz fuera de sus aguas, pero enseguida habría visto o comprendido en sus branquias que aquello era la muerte. Para cada especie, el paso a «otra cosa» es como un paso en la muerte: «Lo otro» *no existe*, ¡y es necesario que exista!

Así que la muerte forma parte de las condiciones a explorar. Es por ahí por donde hay que sacar la nariz, y, si es posible, todo el cuerpo.

¿Pero, qué sabemos de la muerte? Precisamente nada, salvo lo que nos dicen de ella los sabios, los brujos y los sacerdotes del viejo baño, que son solamente los pontífices de la vieja Prisión, o más bien los guardianes de la vieja Prisión, y que os declaran solemnemente que fuera de esos barrotes científicos y médicos es la «muerte». Es sencillamente la muerte de su ciencia, nada más. Las condiciones de *su* vida en la prisión, nada más. El Papa de los peces no hubiera hablado de otra forma.

Y estamos completamente equivocados porque consideramos la muerte como una especie de cadáver que tuvo el infortunio de no seguir las prescripciones médicas, o de haber pasado casualmente bajo las ruedas de un camión.

Y luego, al otro lado de los barrotes, es el cielo o el infierno, según las virtudes o los pecados del viejo baño. O no hay «nada». Pero, de todas formas, desde los tiempos en que ha habido esas «nadas» que mueren, se han producido numerosas especies.

¿Pero si hubiera otra cosa al otro lado de nuestros barrotes? ¿Si hubiera otro Sol, como el de los pequeños anfibios sobre la arena?

¿Y cómo pasar de un lado al otro siguiendo vivos?... De todas formas, en cada paso evolutivo ha habido alguna clase de moribundo *que siguió vivo*. Un primer mutante que trotaba, trepaba o se retorció.

Cada paso pasa por la muerte, o una muerte.

Cada muerte se abre sobre una nueva forma de vida.

Los rishis védicos hablaban del «gran paso», *mahas patah*.

Esta es la primera dirección en la que hay que buscar. Pero «buscar» no con los medios de los falsificadores, no con microscopios ni con probetas ni con teorías: buscar en el propio cuerpo.

¿Buscar la muerte?, ¿en el propio cuerpo?

¿Y *dónde* está, fuera de nuestros catálogos médicos? ¿En qué *lugar* del cuerpo se esconde?

... Si uno quiere batirse con un enemigo es necesario atraparlo por alguna parte, por algún fallo o pliegue o defecto en su cota de mallas.

No es necesario ir a «buscar la muerte»: está totalmente aquí. Es la cosa más presente y la más invisible de todas.

Los grandes descubrimientos son totalmente sencillos, y completamente incomprensibles, porque contradicen una evidencia tan fundamental, en fin, tan «natural» que... No se corresponde con *nada* en la consciencia.

Si le hubieran dicho a un campesino de la Edad Media: «La Tierra es redonda», habría abierto los ojos de par en par, se habría rascado la cabeza y habría dicho: «Ya, acaso, pero mi huerto sigue llano. Y de todas formas, redonda o cuadrada, andamos por ella, que es lo que cuenta.»

Pasé unos veinte años junto a Madre, y hay una especie de enormidad que nunca llegué a entender, como el aldeano de la Edad Media. Un día, a raíz de alguna reflexión que hice a Madre, exclamó Ella: «¡Pero si es mi experiencia *constante* que la vida y la muerte son lo mismo!»

Yo había creído comprender que el estado que llamamos «vida» y el estado que llamamos «muerte» (al otro lado de una tumba y de una Tierra redonda) eran lo mismo: había una vida después de la vida, y esa vida era tan viva como la nuestra. ¡Desde luego!, hay que ser totalmente bárbaro para no saberlo, pero se trata de otra historia. No es eso lo que Madre quería decir... Ella quería decir... ¡que nuestra vida *es* la muerte misma! ¡No existe el «otro lado», estamos de lleno en ella! O para decir las cosas de otra manera: estamos del lado malo y *la vida no existe aún*.

Para el ser que yo era hace quince o veinte años, esto era incomprendible, mi huerto seguía llano. Y para los seres completamente intelectualizados que somos, es una especie de juego mental, un juego de palabras: cogemos lo blanco y decimos «es negro». O tomamos lo negro de nuestra vida y decimos «es blanco». ¿Y qué cambia con eso?

¡Cambia todo!

No podemos comprender este descubrimiento fundamental (y comprender no significa nada si no se convierte en un *medio* de acción), a no ser que nos desvistamos del intelecto y estemos en el estado de *cuerpo* puro y simple, o en el estado de animal fundamental que somos todos bajo nuestros revestimientos diversos; es decir, un estado físico que no conocemos en absoluto, y que, sin embargo, contiene nuestro secreto. Si un animal cualquiera, un pez por ejemplo, pudiera sentir que su estado es mortal —como Madre sentía que su estado era mortal—, eso querría decir que él *conocería ya* otro estado que, precisamente, era respirado por él como la vida. Y podría decir, en relación con este nuevo estado: «Estoy, o estaba, en la muerte. Mi vida acuática es un estado de muerte en relación a este otro Sol.»

Pero lo que Madre quería decir —y yo sólo lo he comprendido después, cuando he puesto yo mismo manos a la obra, cuando yo mismo he tocado un poco la materia desnuda, desnudado el cuerpo de sus artificios e incluso de sus atavismos, porque, no nos engañemos, hasta un bebé nace *totalmente revestido*—, ¡lo que Madre quería decir es todavía mucho más fundamental o radical que eso! No es sólo la vida de una especie dada, lo que es una muerte en relación a la próxima vida de la siguiente especie, como la muerte del pez es la vida del pequeño lagarto que trota al sol, ¡no!, en absoluto.

Es *toda* la vida, todo lo que llamamos «vida» desde las primeras algas azules de Groenlandia o los primeros anélidos, en fin, cuanto llamamos vida sobre la Tierra, lo que *es* un estado de muerte. ¡La vida no ha nacido aún! No existe todavía. Desde el alba de la existencia sobre la Tierra, la muerte nos ha cogido y nos devora insaciablemente de una especie a otra. Es la muerte-que-vive.

«Pero mi Tierra sigue llana», dirá el aldeano intelectual que somos.

Dejemos a los aldeanos científicos con su ignorancia, mas para nosotros, para los que buscan, para los que se asfixian y caminan mal sobre esta Tierra redonda, esto es una clave colosal.

Existe *algo físico* —Madre era perfectamente física y dotada de noventa y cinco años de experiencia humana—, algo físico en un cuerpo de nuestra especie animal, que es la aurora de la primera Vida sobre la Tierra, y que Madre conocía, y que yo he aprendido a conocer después. Algo que no conocemos en absoluto y que ninguna especie ha conocido jamás, y que va a revolucionar la Tierra, cambiar la faz de la Tierra. Con razón decía Sri Aurobindo: «Una rebelión contra la Naturaleza universal entera.»

Todos estamos en un campo de concentración terrestre invisible, y en este campo de concentración (muy vivo para nosotros) observamos un cierto fenómeno que llamamos «muerte», y decimos: es el tifus, es el agotamiento, es la mezquindad de este malvado vecino, o es un accidente de coche, o es el corazón, el hígado, el cáncer, y una cierta edad, y qué sé yo. ¡Pero no es verdad! No son las enfermedades, ni la edad, ni nuestras condiciones fisiológicas las que *causan* la muerte: son los MUIROS del campo de concentración los que causan la muerte de todo lo que está en su interior.

¡Sí, cambia todo! Esto cambia todos nuestros medios de acción. No son cien mil clases de penicilina lo que hay que inventar, ni cien mil alas supersónicas, ni nuestros innumerables «trucos» para paliar nuestra debilidad radical: tenemos que curarnos de los Muros. Y *todo* estará curado. Hay que salir del Campo, y es la Vida... libre.

La salvación *es física*, decía Madre.

Estamos dentro de un torreón negro, universal e invisible para todos, y en ese torreón andamos como de costumbre, es nuestro día y nuestra noche, y hacemos toda clase de descubrimientos «maravillosos», hasta hemos visto todo el universo... a través de los muros de nuestro torreón, y nos hemos servido de los ingredientes del torreón para fabricar «milagros», atómicos, electrónicos, médicos, y qué más queremos, si hasta podemos volar por los aires del torreón y tentar algunas chapuzas genéticas para mejorar nuestra especie nocturna. Pero el torreón está hundiéndose.

Y aparece otra cosa. Completamente otra cosa.

No habíamos nacido nunca, no habíamos sido nunca «hombres». Éramos solamente nictálopes, como los ajolotes en los lagos subterráneos de México. Nunca habíamos visto la luz del día, éramos muertos vivientes.

Y nuestros muros se hundían.

Y aparece otra Tierra.

Y «otros cielos», como había visto Juan de Patmos.

Y es el Día, como habían visto los rishis védicos hace cinco o siete mil años:

*Hicieron pedazos la roca de la montaña
con su grito... Abrieron un paso en nosotros.
Descubrieron el Día y el mundo solar...
La montaña fecunda se abrió en dos
(nuestra materia, nuestro torreón).*

*Salió el nacimiento supremo.
Y el cielo se ha realizado¹¹*

¹¹ *Rig Veda*, 1.71, V.45. Literalmente, el Veda no dice la montaña «fecunda», sino la montaña «encinta», como una mujer encinta.

8

El «yo sé» del cuerpo

Y hay una segunda clave colosal.

De hecho, fue ella la que vino primero.

¡Había escuchado yo durante tantos años!, ¡y creía haber comprendido!, pero cuando esto estalla en el cuerpo... el «campo» deja de ser plano. Incluso se abre de par en par ante un desconocido petrificante... y peligroso: ¡Naturalmente!, llegar a ser lo desconocido es peligroso: ¡no es, y luego es necesariamente! Más bien, llega a ser bajo tus pasos. Cada paso es desconocido, pero necesariamente posas el pie en alguna parte. Es como nacer minuto a minuto, y, además, no descendes del vientre de la madre a un país que ya está preparado. El bebé grita, también aquí se grita. Muy a menudo. Bajas del vientre de una formidable Madre, la que soplo todas estas estrellas.

Y encendió todos estos pequeños fuegos.

¡Oh!, nos creemos cultos y sabios, ¡pobres de nosotros! Dormimos culta y sabiamente sobre un extraño fuego que incubaba *aquí*, y que muy pronto va a trastocar todas nuestras sabidurías y todas nuestras ciencias. ¡Qué crios somos!

Aquí, es decir, en el cuerpo.

Este misterio.

Hay que entrar aquí plenamente, o a pleno grito. No con gafas electrónicas ni todas esas pinzas artificiales que nos muestran tan sólo una caricatura de la realidad: una máscara. ¡Hacen falsedades que parecen tan verdaderas! Para los antiguos (por ejemplo), los rishis, sólo es digno de un hombre lo que él puede conocer *por sí mismo y hacer por sí mismo*. Si hubieran llegado a conocer nuestros artificios electrónicos, telefónicos, mecánicos y aéreos, los hubieran encontrado profundamente deshonestos, como los bufones que escuchan tras las puertas o imitan a sus dueños. Hubieran dicho: «Es una civilización deshonesta.» El dueño es la consciencia. El poder es la consciencia. Y *todo* puede ser hecho por la consciencia. Y desde el instante mismo en que somos privados de este dueño, entramos en todos los falsos poderes y en todos los falsos conocimientos —una caricatura del conocimiento—, y nos sometemos a un déspota cruel que nos precipita cada vez más rápidamente en una inhumanidad desastrosa.

Y la falsedad-verdadera o la verdad-falsa ha invadido todas las consciencias, hasta el punto que estamos nadando en una mentira total y en una falsa realidad de la Materia, tan alucinatoria o hipnotizante que todas las vías de acceso están confundidas.

Veamos, una bestia que grita en el alba de la vida sobre la Tierra es ya algo que busca una pista.

Haríamos mejor en comenzar por ahí.

Aquella mirada ardiente sobre los muros de mi celda en Fresnes era ya un paso... en el alba de ninguna vida, puesto que iba a morir. Una mirada sobre NADA. Y esa nada se vuelve tan intensa y tan ardiente que es ya algo. No hay pre-concepciones de la Materia y del universo en este caso. Hay algo que atraviesa. Hay... un primer paso de hombre sobre ningún continente y sobre ningún «campo», porque ese campo, precisamente, se hunde.

Y de hundimiento en hundimiento, vas cavando.

Y cada vez más es una «nada» —lo negro, un muro— que se hace cada vez más un fuego, a medida que penetramos.

Un abominable agujero.

Es desesperante, más desesperante que un hombre que va a morir, porque ese tipo de muerte tiene al menos una salida.

Pero esta desesperación misma es un fuego.

Diríase que el fuego, este fuego, es lo único que *existe* en esta abominable historia.

Uno cava y cava, como decían los rishis védicos, a través de innumerables capas y pantanos, donde ves surgir a todos los abuelos del mundo y toda su historia, tan semejante a la nuestra que parece que sólo hay *un* hombre en todo este planeta; y todos los horrores del pasado, tan parecidos a los de ahora que se diría que sólo hay *un* mal, un único dolor en todos estos millones de vidas. ¡Y tantas bestias salvajes! Y entonces, la noche se vuelve estrangulante, y uno busca, busca, cava con su escarpelo de fuego, para encontrar la raíz del dolor, y retorcerle el cuello, de una vez por todas.

No, los «horrores» no son lo que se piensa: es este Dolor en el fondo, como un grito amurallado. Un grito de Amor, que fue cubierto de noche y de mentira. Algo que creó la muerte para perderse y reencontrarse de nuevo. Y reencontrarse siempre, hasta que hayamos liberado el Secreto en el fondo de este cuerpo insondable.

Sí, he cavado mucho tiempo.

A veces, se pierde la pista, porque queremos poner palabras, explicaciones, «historias» y psicologías sobre algo que es solamente un agujero que se hunde en la materia prima de los hombres, y un Fuego que crece.

Y este fuego, es la Pista misma, como el río conduce a su fuente: si vas contra corriente, encuentras; si vas a favor de la corriente, acabas en el estuario con los detritus, nuestros millones de detritus y de porquerías. Y el Dolor tiene que empezar de nuevo.

¡Pero es una fuente de fuego!

Un formidable descubrimiento.

Nunca repetiré suficientemente que «descubrir» es, ante todo y esencialmente, des-cubrir.

Yo sólo puedo hablar de mi propia experiencia, como puedo hablar de mi experiencia de la selva de Guayana o de los difíciles mares entre las rocas de Belle-Ile. Siete años de experiencia en esta Materia desconocida, reunidos en unas pocas páginas. Pero no se necesitan muchas palabras para contar los hechos de la Naturaleza¹².

Yo había cavado en este cuerpo, con toda la obstinación que se puede tener para desenraizar un horror, y cada vez se hacía más ardiente, como sucede en el fondo del pozo de una mina que no ha sido alcanzado aún.

Y entonces, un día, me encontré en una especie de revolución en el fondo de este cuerpo, como si miles y millones de innumerables microscópicos volcanes se encendieran, se descubrieran. Volcanes que eran quizá más minúsculos que una célula, pero innumerables y como desencadenados, sí, desencadenados; y yo contemplaba todo eso, lo vivía con una especie de estupor y de exultación, como se contempla un fenómeno de la Naturaleza: una tempestad, un terremoto. Un formidable fuego innumerable en el fondo de esta Materia corporal. Y entonces, todo esto, junto, fue cogido por una especie de impulso irresistible y se puso a subir, a subir, a romper sus cadenas y sus envolturas, a reunirse en un surgimiento imparabile, como si, allí arriba, en alguna parte por encima del cuerpo o fuera de estas paredes, un gigantesco imán (no sé cómo decirlo), una formidable fuerza de atracción, llevara hacia ella estos innumerables fuegos liberados. Tenía toda la sensación de estar muriendo. Sí, uno encuentra enseguida al Enemigo, la muerte es muy... interesante. En adelante, iba a encontrarla constantemente, día tras día, ver-vivir lo-que-es. Mi horror precisamente. Lo que nadie conoce hasta el último segundo. El secreto de nuestros cuerpos.

Primero, cuando estos innumerables y microscópicos volcanes salieron de mis paredes, o de su prisión, atraídos hacia lo alto, y cuando mi viejo cuerpo habitual se sentía morir, se produjo, en este mismo ser, sin embargo, en este mismo cuerpo, una especie de exultación indecible, de alegría, ¡oh!, como no la he tenido jamás, como no la he conocido jamás en toda mi existencia, ni siquiera en una bella tempestad de la Costa Salvaje: una delicia física, como si estas innumerables partículas de fuego reconocieran su fuente, su Madre, lo que habían buscado durante vidas y vidas a través de cuerpos y cuerpos, este interminable desierto de existencias que se agitan. Y luego, esta Sed, colmada, llena a reventar. Este néctar.

Como si el cuerpo estuviera al Final de las Eras.

No hay palabras para expresar esto.

Podríamos decir que es todo el amor del cuerpo el que encuentra su Amor de siempre. «Amamos», amamos miles de cosas, la mar, las gaviotas, a seres... que cambian, pero «Esto» es la fuente misma, el lugar en donde uno puede zambullirse totalmente, sin «otro», sin tú y yo, sin muros por fin.

Es el exterior de nuestro torreón.

Luego, una vez hecha la unión entre estos innumerables micro-volcanes corporales y su gran fuego del «exterior», su fuente de néctar, este mismo Fuego de «ahí arriba» (no sé cómo explicarlo), se puso a descender en mi viejo torreón.

Y es ahí donde comenzaron todas las dificultades, todo el peligro y todo el descubrimiento.

Es ahí donde uno comienza a darse cuenta de la realidad de los cuerpos y de nuestra materia de animal intelectualizado, de la realidad *terrestre*, porque no hay cien cuerpos, ni cien materias. Puede que uno se crea un sabio, un marino, un doctor de esta u otra ciencia, o jefe de Estado democrático del Este o del Oeste, pero somos solamente un viejo torreón, y toda la Tierra está en el Torreón.

Cuando esta formidable Realidad material comenzó a descender en mi materia, fue una especie de espanto y de agonía, una larga agonía. El espanto, es superable.

Creemos conocer la realidad de la Materia y de todos los astros, pero somos solamente como equinodermos o caracolas, envueltos en un cierto cascarón original que nos separa de la realidad. Podemos enviar periscopios y telescopios a través de nuestras paredes, pero nuestros instrumentos nos harán ver y comprender tan sólo lo que nuestra estructura interna o nuestra fabricación interna nos permite ver y comprender. Son sólo instrumentos de equinodermo, nada más, y un conocimiento de equinodermo, nada más. ¿Cómo verá un águila las galaxias? Verá galaxias de águila, como nosotros vemos galaxias de hombre, eso es todo.

Pero la Realidad, esta formidable Realidad material, es otra cosa.

En verdad, hay que demoler toda nuestra estructura milenaria para acceder a esta Realidad. Es la agonía de la que hablaba. La demolición del torreón.

Y este torreón es la muerte misma, es el algo que-hace-la-muerte de nuestra especie y de todas las especies desde el alba de una cierta vida que nunca ha sido la vida.

Pero el cuerpo, de pronto, ha tocado la Vida, ha descubierto la Vida, ha bebido el néctar; estas miríadas de células han tocado indeciblemente su fuente fuera del cascarón; estas miríadas de pequeños fuegos se han templado en el Gran Fuego del que habían salido como de su Madre primera. SABEN. Las células SABEN. Y por eso pueden afrontar la prueba.

Saben como para siempre y como desde siempre: reconocen, como un bebé reconoce a su madre. Y esto, nada, ni nadie, ni ninguna muerte o ningún espanto de muerte podrá desenraizarlo de su vibración interna. Es como una nueva memoria fisiológica. Y es lo que va a ayudarnos a lo largo de la travesía de la muerte, de la demolición del torreón. La «roca», como decían los rishis védicos. Lo que nos separa de la Vida-por-fin.

¹² Ver también la descripción que hace Satprem de esta experiencia en *El nuevo ser* (Editorial EDAF, pág. 105), distinguiéndola de otras, y en especial de la llamada «Kundalini», que él había experimentado «miles de veces». (N. del I.I.E.)

Porque esta invasión de la Vida en nuestra vieja estructura orgánica ¡es como una invasión de la muerte! Es la muerte de nuestra vieja manera de ser. ¡Todo está invertido! Entonces se descubre verdaderamente lo que es la muerte, es decir, que se descubre verdaderamente lo que es nuestra «vida». Bajo esta invasión, todas las señales de alarma del cuerpo empiezan a sonar. Aparece el Sol, y toda nuestra noche se pone a chillar, se desgarran —el corazón, el cerebro, los pulmones, los nervios—, me muero, me abraso, estallo, me aplasto. Es un aplastamiento... terrible. Es como lo que sentiría el pez sobre la arena en sus últimos coletazos mientras *debe* inventar una nueva forma de respirar, o morir.

Es necesaria otra forma para respirar esta Vida. Y eso no se hace en un día. Es una larga agonía. Madre decía: «Si no tuviera el conocimiento del proceso, sería una agonía continua.» Y yo hice el mismo descubrimiento cuando, hace... cinco años, a mi amigo Lúe, que venía a entrevistarme¹³, le respondí: «Me paso el tiempo muriendo sin morir.» Y, cinco años después, continúa. Es una larga tarea dar un paso en la próxima especie. Una larga adaptación a un Sol nuevo... aplastante.

Pero existe este formidable «YO SE» del cuerpo.

Es muy extraño, es como dos cuerpos el uno en el otro. El uno SABE, irresistiblemente y para siempre, por encima de todo y contra todo; SABE la Vida que ha tocado. Y el otro, un poco por encima y como recubriendo a éste, el viejo cuerpo mortal fabricado por innumerables antepasados que le han inculcado la muerte y la muerte, la muerte ante la menor cosa que viene a contradecir el viejo ritmo ancestral. Y ése, ¡no sabe nada en absoluto! Sólo sabe la vieja ley. Y, sin embargo, no son dos cuerpos diferentes: es el mismo cuerpo, pero con la proa enfilada hacia, o luchando con, dos leyes y dos realidades diferentes.

Los marinos dicen que hay dos partes en un barco: la «obra viva», por debajo de la línea de flotación, y la «obra muerta», por encima de ella. ¡Pero es el mismo barco! De igual modo, está este cuerpo, en el fondo, por debajo, dentro, llevado por esta formidable corriente nueva, esta formidable respiración nueva, y que grita: « ¡Yo SE, yo SE, yo SE, e incluso si muero, yo SE! » Y el otro, por encima y por fuera, que grita: « ¡Me muero, me muero, me muero!»

Pero es la muerte la que muere.

Y aparecen todos los signos de la muerte que se avecina, aplastante, para saltarle a la cara o al corazón, o al cerebro, o sobre esas viejas vértebras refractarias que son aplastadas bajo el peso de esta Vida aplastante. Es como un habitante lunar que debería, lentamente, a pequeñas dosis, desvestirse de su escafandra para soportar esta otra gravitación.

Así que ya tenemos una clave, una clave colosal: este «yo sé» del cuerpo. Y entonces se descubre el enorme campo de concentración en el que vivimos, individualmente y terrestremente. Se descubre que este cuerpo, nuestro cuerpo, está totalmente fabricado por la muerte, que es la-muerte-que-vive, con millones y millones de guardianes que le encierran, le desgarran, le gritan y le amenazan a cada instante: «Más allá de esto, es la muerte; más allá de eso, es la muerte; tu corazón fallará, tus fuerzas se irán, te debilitarás, perderás la cabeza...» Y todo eso ¡es de locura! Millones de guardianes de la muerte, armados de metrallas medicinales y ancestrales y de los signos fisiológicos más convincentes, dolorosamente convincentes.

Y aprendes, es *necesario* aprender que todos los signos fisiológicos son *Mentiras inventadas por la muerte para sujetarnos en sus redes*. Es necesario aprender, o morir. Como el pez sobre la arena. Y si flaqueas, te mueres, así de simple. ¡Es igual que en los campos de concentración! Hay algo que SABE de forma punzante, irresistible: « ¡El aire libre está al otro lado!» Y: « ¡Yo quiero, yo quiero, quiero salir de aquí!» Es totalmente imposible, ya no puedes más, te vas a caer, estás en las últimas, y a pesar de todo sientes este GRITO de VIDA. El algo que te hace atravesar.

Y este camino nuevo, esta ordalía de la especie nueva (no puedo decirlo de otra forma), es, constantemente, un imposible que *debe* hacerse posible. Después de cada «operación» hay como una Sonrisa divina que dice: «Ya ves, parecía totalmente imposible; ¡y es totalmente posible!» Y cada día se llega a un nuevo imposible, que *se hace* posible bajo tus pasos, paso a paso, segundo tras segundo. Hasta que todo el cuerpo haya desenraizado la innumerable muerte que le habita, haya *desenmascarado* la muerte, esta mentira... terrible, que recubre *un Amor* maravilloso, y que quiere que la tomemos por la vida misma.

Todas nuestras sensaciones son fabricaciones de la muerte.

Y esta Vida desenraiza la muerte.

Es como ser desenraizado por completo.

Esta Vida es la que está desenraizando toda la Tierra, todas las naciones, todos los hombres.

Es la demolición del torreón.

La lenta invasión de la Vida nueva.

Y al final: una especie nueva, que va a cambiar toda la faz de la Tierra.

El crepúsculo de los hombres es el comienzo del hombre libre y de la vida divina sobre la Tierra.

«Que la Tierra y los Cielos sean iguales y uno solo», decía el Veda.

«Una nueva Tierra y nuevos Cielos», decía San Juan en el *Apocalipsis*.

La resurrección de los muertos es *nuestra* resurrección.

Es la última *rebelión de la Tierra*.

Es la Revolución de Sri Aurobindo.

Y el Amor de Madre.

SATPREM, 7 de julio de 1989, viernes.

¹³ Ver *El nuevo ser* (Editorial EDAF). (N. de I.I.E)